

***María* de Jorge Isaacs: la otra geografía**

Alfonso Múnera

Resumen

María es la única novela del largo siglo XIX colombiano que coloca en su centro la íntima relación con la región Caribe, que, como todos sabemos, fue determinante no sólo para los pueblos de la costa norte sino también para los de la costa pacífica, e incluso del interior del territorio.

Invita a reflexionar el que no se haya escrito nada en las ciudades del litoral norte que contenga explícitamente nuestra comunión de siglos con el Caribe insular, mientras que Isaacs en el Valle del Cauca lo vuelve parte esencial de su novela.

Es curioso que la crítica haya pasado hasta muy recientemente por encima de este aspecto clave, casi sin detenerse a mirarlo, a pesar de que domina de tal forma el argumento de la novela, que bien podríamos decir que estamos ante la presencia de la insularidad como ciframiento de los orígenes.

Abstract

María is the only Colombian novel from the extensive work of the XIX century that focuses on the intimate relationship with the Caribbean region which, as all know, was crucial not only for the towns of the northern coast but also for those in the Pacific coast, and even for the interior of the territory. Nothing written in the cities of the north coast contain our centuries-old relationship with the islands of the Caribbean in an explicit manner, while Isaacs in the Cauca Valley makes it an essential part of his novel. This is something that lends itself to reflection. It is strange that until very recently the critics have virtually ignored this key aspect, with very little analysis, even though it dominates the argument of the novel in such a way that we could even say that the presence of the islands are determinant of the origins. In *María* there are powerful intuitions

En *María* hay intuiciones poderosas que nos hablan de un país que se funda en el siglo XIX, que es menos andino de lo que se ha supuesto, y más caribeño de lo que se ha imaginado hasta ahora. Las claves históricas están regadas en el texto, y mediante una labor de reconstrucción es posible juntarlas.

Resumo

Maria é o único romance do longo século XIX colombiano que mostra uma relação intrínseca com a região Caribe, determinante não apenas para os habitantes da costa norte como também para os da costa pacífica, e inclusive os do interior do território. Estamos ante a presença do isolamento como ciframento das origens. Convida a reflexionar sobre o porquê de não se ter escrito nada nas cidades do litoral norte que contenha explicitamente nossa comunhão de séculos com as ilhas do Caribe, enquanto Jorge Isaacs no Valle del Cauca o transforma en parte esencial do seu romance. Em Maria há intuições poderosas que nos falam de um país que se funda no XIX, que é menos andino do que se pensa, e mais caribenho do que havíamos imaginado até agora. As chaves históricas estão regadas pelo texto, e mediante un trabalho de reconstrução é possível reuni—las.

that refer to a country founded in the 1900's, a less Andean country than what has been assumed, and more Caribbean than the one imagined up to now. The historical clues are spread throughout the text, and it is possible to collect them through a work of reconstruction.

Palabras clave

Jorge Isaacs
María
Siglo XIX
Ruta caribe
Paisaje caribeño

Keywords

Jorge Isaacs
María
XIX century
Caribbean route
Caribbean landscape

Palavras Clave

Jorge Isaacs
María
Século XIX
Rota Caribe
Paisagem caribenha

Quizás debería comenzar con una pregunta: ¿Por qué un historiador, que escribe sobre cosas del Caribe, se interesa en estudiar *María* de Jorge Isaacs, y considera que es de una gran utilidad para sus estudios? ¿Si se han escrito tantos y tantos ensayos sobre esta novela fundacional sin que al parecer nadie haya encontrado méritos para situarla en un territorio mental distinto al de una geografía humana propia de un valle andino del siglo XIX colombiano? Una posible respuesta sería porque creo que de las tantas obras literarias que se escribieron durante nuestro largo siglo XIX, la novela de Isaac es la que de mejor manera incorpora el mundo caribeño como parte esencial de la realidad que construye la novela, y lo es no de una sola, sino de varias maneras, como pretendo mostrar más adelante.

María es muy útil si la leemos ahora a tono con las nuevas lecturas que proceden sobre el siglo heroico y confuso que le dio vida. Y creo que es fundamental hacerlo, porque como toda creación literaria, para bien o para mal, contiene, cifradas muchas veces o abiertamente, varias de las claves del proceso mismo de la construcción de la nación colombiana, de la manera como esta fue narrada por las élites intelectuales decimonónicas.¹ En este sentido la novela de Isaacs ilumina nuestra comprensión de por lo menos un aspecto crucial de la nación del XIX: me refiero a la existencia de un mundo abierto que no ha sido registrado debidamente hasta ahora por la historia colombiana, más dispuesta a admitir el carácter cerrado de nuestras economías regionales y la ausencia de relaciones con el exterior. De un Cauca abierto hacia el Caribe, con conexiones profundas con sus islas y litorales, tan abierto o más que la costa norte de Colombia en el siglo republicano.²

No tengo, por supuesto, la menor intención de entrar en un debate acerca de si Jorge Isaacs fue un apologista de la esclavitud y de la vida

¹ En relación con la ensayística de los criollos intelectuales del siglo XIX invito a la lectura de mi libro *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Editorial Planeta, 2005.

² Habrá que convenir que con la excepción de amplias zonas pobladas de los andes orientales y centrales, atrapadas entre las montañas, los territorios más cercanos al mar, atravesados por ríos que facilitaban la comunicación con el exterior, tuvieron menos dificultades para abrirse hacia el mundo. Además habrá aquí que diferenciar entre el gran comercio de corte legal, con sus estadísticas definidas, y el más disperso y difícil de cuantificar que comprometía a miles de personas en actividades grandes y pequeñas de contrabando, cuyo impacto social y cultural no hemos sopesado debidamente.

patriarcal aristocrática del Valle del Cauca. Admito que la novela está llena de pasajes dolorosamente chocantes para la sensibilidad de los afrodescendientes de hoy y de cualquier persona con espíritu democrático. En especial, me refiero a sus permanentes imágenes de los negros como seres serviles y felices en su condición de esclavos. Pero también debo decir que hay pasajes enteros donde Isaacs condena la esclavitud y muestra su brutalidad, y pasajes enteros en los cuales enfatiza la belleza, la bondad y la inteligencia de los esclavos, cosa nada común y casi imposible de hacer por alguien que defiende la esclavitud.³ Además creo que vale la pena pensar en lo siguiente: *María* es la única de las novelas representativas del siglo XIX colombiano que tiene la voluntad explícita de recrear la vida de una sociedad esclavista.⁴ Es curioso que en el Caribe colombiano, por el contrario, pese a contener una sociedad dominada por la presencia de esclavos, Juan José Nieto y José Fernández Madrid hubiesen escogido, durante la primera mitad de dicho siglo, escribir novelas y obras de teatro con personajes indígenas y mestizos, y en las cuales los negros estaban ausentes del todo.⁵

Dicho lo anterior, pienso también que *María* no se agota con la constatación de ese rasgo dominante del cuadro social que pretende mostrar. Es posible que Isaacs estuviese como dice Doris Sommer haciendo “la melancólica apología” de la clase hacendada, pero al hacerlo estaba también haciendo otras cosas no menos importantes.⁶ Algunas de ellas, a lo mejor sin proponérselo, y más bien producto de su peculiar

³ Sin duda, la historia de la esclava Nay y su hijo, tiene, entre otros, el propósito principal de un alegato contra la esclavitud. Ver Jorge Isaacs, *María*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1988, pp. 116-133. Todas las citas posteriores de *María* se harán siguiendo esta edición.

⁴ Hay otras novelas como *Tierra Virgen* de Eduardo Zuleta Ángel, publicada en 1897, en la que el contexto social está determinado por la minería esclava. Sin embargo, hay poco o ningún interés en recrear la vida de los esclavos ni las relaciones esclavistas. Quizás la otra gran novela donde esta voluntad por narrar el mundo de la esclavitud es explícita es *La Marquesa de Yolombó*, de Tomás Carrasquilla, publicada en 1928.

⁵ Juan José Nieto publicó en 1845 *Ingermina o la hija de Calamar*, en Kingston, Jamaica. En esta novela histórica festeja el mestizaje indígena-español, sin mencionar para nada la presencia negra en Cartagena. El caudillo Nieto era mulato. En esta novela escrita por un mulato, indios y mestizos fundan el Caribe colombiano, y no aparece nunca un negro. Como si no existiera. Igual sucede con el largo poema dramático de Fernández de Madrid, *Guaítimozin*, escrito en 1830.

⁶ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 226.

talento literario. María tiene, como dije al principio, entre otros muchos, un mérito grande y singular. Es la única de nuestras novelas fundacionales del siglo XIX que deja testimonio explícito de nuestra íntima relación con el mundo caribeño. Por supuesto, uno puede ver las apenas obvias motivaciones personales de Isaacs para incluir el Caribe en su narrativa, uno puede pensar en los orígenes jamaicanos de su padre, y la manera como estos se evocan en el padre de Efraín, y en la nostalgia de esas raíces, casi siempre contenidas, pero que en más de una ocasión irrumpen en el libro. Hay un momento en el que Efraín está viendo a su padre, tatarrear entre dientes una canción de su país, y recuerda que “tenía afición a la música y la había tenido al baile en su juventud”.⁷ Es muy llamativo, que pese a su origen judío, Isaacs distinga en el padre de Efraín precisamente este rasgo tan esencial del Caribe: el gusto por la música y por el baile. Y también hay otros momentos en que se desliza la presencia del mar de sus ancestros. Como cuando Efraín recuerda una melancólica expresión de su padre:

“Si todos me van abandonando sin que pueda recibir sus últimos adioses, ¿a qué volveré yo a mi país?”. “¡Ay!” —agrega el narrador— “¡sus cenizas debían descansar en tierra extraña, sin que los vientos del Océano, en cuyas playas retozó siendo niño, cuya inmensidad cruzó joven y ardiente, vengan a barrer sobre la losa de su sepulcro las flores secas de los aromos y el polvo de los años!”.⁸

Hay un dato clave sobre lo cual, me he dado cuenta, pocos colombianos han puesto atención: me refiero al hecho extraño de que la heroína de la novela nacional, la encarnación de las virtudes femeninas, haya nacido en Jamaica, en una isla del Caribe. No es inocente que el autor especifique que viene de Montego Bay, el pequeño poblado marino de la costa norte de Jamaica. Y no lo es por otra razón de fondo, que tiene para mí implicaciones profundas por lo que revela el juego de simulaciones deliberadas en torno a María y de ocultamiento de su raíz caribeña. Trataré de explicarlo brevemente: en el siglo XIX los Isaacs no eran una familia de judíos recién llegados de Europa al Caribe. En realidad, habían

⁷ Jorge Isaacs, *María*, p. 60.

⁸ Jorge Isaacs, *María*, p. 13

estado en Montego Bay desde el siglo XVII, y hasta tal punto su historia se confundía con la de Jamaica que era, y sigue siendo particularmente difícil saber con precisión sus otros orígenes.⁹ Quizás por eso, jamás se le ocurre a Jorge Isaacs insinuar en la novela la identidad inglesa del padre de Efraín, en contraposición a lo que había sucedido en la vida real con su padre, tenido por la crítica literaria y por sus vecinos como un ciudadano inglés.

Ahora bien, lo que me parece particularmente significativo es como, además de estas nostalgias, Isaacs reconstruye el carácter abierto de nuestras geografías y la intimidad de nuestras relaciones con el Caribe, ignoradas casi por completo en las narrativas decimonónicas sobre la nación, y me atrevería a decir por nuestra historia más reciente. Y lo increíble es que no es un conocimiento implícito en la novela, sino que por el contrario aparece de manera explícita. En uno de sus párrafos más lúcidos dice lo siguiente:

Explotábanse en aquel tiempo muchas minas de oro en el Chocó; y si se tiene en cuenta el rudimental sistema empleado para elaborarlas, bien merecen ser calificado de considerables sus productos. Los dueños ocupaban cuadrillas de esclavos en tales trabajos. Introducíanse por el Atrato la mayor parte de las mercancías extranjeras que se consumían en el Cauca, y naturalmente las destinadas a expenderse en el Chocó. Los mercados de Kingston y de Cartagena eran los más frecuentados por los comerciantes importadores: Existía en Turbo una bodega.¹⁰

Que interesante, ¿verdad? No era entonces sólo Cartagena y la costa norte colombiana la que gozaba desde siglos atrás de este intenso intercambio de seres humanos y de mercancías con el otro Caribe. ¿Quién

⁹ Mi buen amigo Hensley Enríques, presidente de la sinagoga de Kingston, y fino genealogista, me ha facilitado el resultado de sus investigaciones sobre los Isaacs de Jamaica, cuya procedencia en este país se remonta al siglo XVII.

¹⁰ Jorge Isaacs, *María*, p. 127. Pese a que sabemos bastante bien que en el siglo XVIII hubo un sostenido comercio de negros esclavos traídos de Jamaica, y que fue siempre una preocupación de los funcionarios de la corona española el contrabando por el Atrato, poca atención ha tenido en la historiografía colombiana, por no decir ninguna, el estudio del comercio caribeño, a través de la costa del pacífico. Ese comercio debió ser importante en la vida de los pueblos del Cauca, no sólo en la Colonia, sino también en el primer siglo republicano. La obsesión por cerrar el pacífico al comercio de contrabando estaba relacionada a su cercanía al Caribe, por la vías de Panamá, Turbo y Buenaventura.

lo iba pensar? O mejor dicho quién iba a ser capaz de leerlo, pese a la claridad con la que lo escribió Isaacs en su extraordinaria novela, si la imagen absolutamente hegemónica que teníamos de nuestra historia nos enseñaba, sin resquicios de duda, que el Cauca era en el XIX un territorio aislado, cuya comunicación con el mundo le venía por el puerto de Cartagena, y a través de la fatigosa y lenta navegación del Magdalena. Y es tan dominante todavía hoy esta geografía arbitraria, que miren lo que sucede, y ustedes me dirán si no tiene algo de maravilloso este juego de equivocaciones: como es sabido, uno de los ensayos más conocidos por el mundo literario sobre *María*, de innegable calidad, es el escrito y publicado en 1993 por Doris Sommer en su celebrado libro *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Pues bien, el pasado año se ha publicado finalmente la edición en español. En la página 181 de la edición original en lengua inglesa, Doris dice lo siguiente: “Esta debilitada plantocracia estaba también atrapada geográficamente. El fértil Valle del Cauca, tan productivo para el sistema paternalista autosuficiente, estaba más que aislado de los mercados externos que el nuevo comercialismo necesitaba”.¹¹ Hasta aquí, como apenas es evidente, ella se ha limitado a repetir lo que es una verdad aceptada por las ciencias sociales colombianas. Sin embargo, en la reciente edición en español, consideró que debía agregar algo más concreto a su argumento del aislamiento de la región caucana, y entonces dice lo siguiente: “Esa plantocracia, debilitada política y económicamente, también estaba atrapada por la geografía. El fértil Valle del Cauca de Isaacs, tan productivo para el sistema paternalista autosuficiente, quedaba desgraciadamente aislado de los mercados externos necesarios para el nuevo comercialismo”. Y miren entonces lo que agrega: “Cuánto se complica y se tarda el viaje de regreso de Efraín, por tierras irregulares y por el río Magdalena botado y borroso, mientras María pierde la vida esperándolo”.¹²

¿Y se han dado cuenta de qué es lo extraordinario y fascinante del párrafo anterior? Que esta crítica brillante, que además ha estado en Colombia en varias ocasiones, está tan compenetrada con las geografías

¹¹ Doris Sommer, *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1993, p.181

¹² Doris Sommer, *Ficciones fundacionales*, p. 235

arbitrarias que han dominado las narrativas de nuestra nación, que ni siquiera repara en que Efraín no regresa de Londres por el Magdalena sino por la ruta del Caribe y del pacífico, vía Panamá, y luego Buenaventura, el Dagua arriba, y finalmente el Valle del Cauca. Con todo y que Isaacs se toma el trabajo de describir con minuciosidad de orfebre la ruta caribeña al Cauca, Doris Sommer no parece verlo y repite lo de la difícil travesía por el Magdalena.

En realidad, leyendo a María he logrado intuir una de las verdades más ocultas, más ignoradas, pero al mismo tiempo más esclarecedoras de nuestro pasado colonial y republicano: el monopolio establecido por los españoles, mediante el cual sólo se podía comerciar con el exterior a través del puerto de Cartagena, fue una medida inútil dictada por la obsesión del imperio de cerrar un territorio abierto por todas partes al Caribe, pero sobretodo de clausurar las rutas del oro, es decir las compuertas del Pacífico a ese mar de nadie. Nada pudo evitar el tráfico incesante de oro, de esclavos, y de toda clase de contrabandos, por las numerosas avenidas que de la costa pacífica llevaban a nuestro mar interior.

Nunca, quizás, tendremos los datos exactos de su magnitud, sin embargo, hoy sabemos que un buen número de los esclavos que ingresaron a finales del siglo XVII y del XVIII a la Nueva Granada vinieron de Jamaica.¹³ ¿Cuántos de ellos entraron directamente por las rutas del Pacífico? Además, hacemos historia del siglo XIX sin parar en mientes que la gran ciudad colombiana del comercio con el Caribe no lo era más Cartagena sino Panamá. Y que esta era precisamente la llave que abría la comunicación con el vasto mundo pacífico. Y por supuesto también hemos querido ignorar que el gran comercio panameño, en la mitad del siglo XIX, estaba ya controlado por comerciantes jamaicanos. El distinguido historiador panameño Alfredo Figueroa sostiene que no sólo el de Panamá, sino que desde ahí los jamaicanos controlaban o influenciaban el intercambio con los puertos del Pacífico colombiano, ecuatoriano y peruano. Uno se asombraría de saber que el doblón de

¹³ Nicolás Castillo Mathieu, *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1982, pp. 90-127. Luz Adriana Maya, *Brujería y reconstrucción entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada. Siglo VII*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2005, pp. 173-192.

oro nuestro fue moneda de circulación legal en Jamaica, junto con el dólar jamaicano, hasta principios del siglo XX.¹⁴

Ahora bien, se me ocurren dos motivos por los cuales una historia imaginada desde las élites no le concedió la más mínima importancia a esta lectura. La primera es que ciertamente el significado en términos estadísticos de este comercio fuese poco importante para la contabilidad general del país, en especial por su carácter de ilegal. La segunda, es que a lo mejor lo que ella ayuda a revelar no cabe en los marcos de una historia tradicional que se ha negado y se niega todavía a apreciar en toda su dimensión el alcance de una economía cimarrona, organizada por fuera de los canales oficiales, que ciertamente no contribuía de manera especial a los ingresos del Estado ni a los cofres de los grandes empresarios, pero sí al bienestar de miles y miles de seres anónimos que habían aprendido a vivir por fuera de las instituciones. Lo que por demás caracterizaba la vida popular no sólo en el Valle sino en otros territorios extensos del país.¹⁵

En *María*, Jorge Isaacs dejó testimonio insuperable de la ruta del Caribe, de cuán abierto era el Cauca y de la cotidianidad de su comunicación con el mundo exterior. Creo que gracias a ella podremos recuperar una parte importante y definitiva de nuestra memoria colectiva y comenzar a comprendernos mejor. No es sólo que describa con exactitud en el detalle el viaje de Jamaica, pasando por Panamá, hasta el Valle del Cauca, sino que su talento lo lleva a consignar cosas como estas: en Buenaventura y en las riberas perdidas del Dagua se consiguen como lo más normal del mundo licores sofisticados europeos, tales como un excelente Martell, y telas finas de la India. También es tal el contrabando, es decir el libre comercio con el mundo, que los guardias están escondidos esperando capturar a los bogas con las manos en la masa. Claro, al leer estas páginas, uno tiene la impresión que los guardias son también contrabandistas.¹⁶

¹⁴ Alfredo Figueroa, *Dominio y sociedad en el Caribe colombiano, 1821-1903*, Ciudad de Panamá, 1978, p. 348. *Decreto de la Reina de Inglaterra mediante el cual se suspende la circulación legal del doblón de oro en Jamaica, 1901*. Archivo nacional de Jamaica.

¹⁵ Para el caso del Caribe colombiano ver Celestino Arauz, *El contrabando holandés en el Caribe durante la primera mitad del siglo XVIII*, Caracas, 1984, pp. 49, 95, 150 y 203. *Virrey Mendinueta al Rey. AGI, Santa Fe, legajo 960*.

¹⁶ Isaacs, *María*, pp. 171-176.

Ahora bien, a quien le queden dudas de la deliberada intención de Isaacs de situar el Cauca en íntima conexión con un mundo Caribe, dos cosas: la primera, cuando uno lee *María*, el Valle con sus plantaciones de caña y esclavos está construido en contraposición al otro país andino de las montañas, y en una enorme lejanía de la capital, Bogotá. Mientras que por el contrario uno parece estar en una escenografía natural y humana muy similar a la de las islas.¹⁷ En segundo lugar, es tan claro esto, que Isaacs no duda, además, en decirlo. Hay un momento en la novela en el que pone en boca de Efraín la siguiente afirmación: “Se conoce que Cuba tiene una naturaleza semejante a la del Cauca”.¹⁸

Lo que es realmente fascinante es que una novela como *María* haya sido leída por varias generaciones de colombianos como la gran novela nacional, la gran novela del interior andino, sin que a nadie se le haya ocurrido que una novela cuya protagonista nace en Jamaica, y el padre del otro protagonista nace también en Jamaica, en la que se rememora con obsesión el viaje inicial desde el Caribe y se reactualiza fallidamente en el regreso de Efraín, estaba proponiendo además otras lecturas, o si me lo permiten otra narrativa fundacional de la nación que no tenía nada que ver con aquellas otras de geografías humanas jerarquizadas, separadas por abismos insalvables, y encerradas en una especie de soledad sin futuro. En *María*, el Cauca se parece tanto a Cuba y está tan cerca de Jamaica, que a uno se le olvida que se trata de un valle del interior de Colombia.

Debo terminar contando una experiencia personal muy reciente. Nunca había visitado la hacienda El Paraíso, pese a mi interés por la obra de Isaacs. Vueltas y revueltas por el mundo me desviaban una y otra vez de la ruta de *María*. Hasta que hace apenas un par de meses tuve la buena suerte de ir en excursión académica al legendario territorio

¹⁷ Llama la atención la manera como Isaacs idealiza a los pobladores de la montaña cercana al hogar de Efraín y María. Todo es limpio, armonioso y dotado de virtudes morales al interior de sus cabañas. Estas familias antioqueñas, blancas, representan en la novela el mundo perfecto de la pequeña producción libre, sin esclavos, en contraposición a la plantación esclavista. Ya a principios del siglo XIX José Ignacio de Pombo había planteado en uno de sus mejores ensayos el ideal de los pequeños productores libres, dueños de su tierra, como una alternativa moderna al régimen inhumano de la esclavitud. Ver *María*, pp. 15, 16, 44, 159-162.

¹⁸ Jorge Isaacs, *María*, p. 60

de la novela. Mi impresión no pudo ser mayor. Al llegar a la altura de la vieja casa, el espectáculo que se divisaba desde la amplia terraza era de una belleza extraordinaria. El valle que se abría ante nuestros ojos es tan parecido al de Pinar del Río, cerca de la Habana, que no pude dejar de sonreírme al pensar en nuestras fronteras imaginadas y en la astucia narrativa de Isaacs para restablecer las cercanías, tan de la esencia de su propia memoria.

Ahora bien, el asombro es mayor ante el esplendor del azul tenue de las montañas situadas a las espaldas de la casa que nos recuerdan de inmediato a las incomparables “Blue Montains”, de Kingston. Sin mucha dificultad, podemos imaginarnos al mayor de los Isaacs, exilado de Jamaica, después de la larga travesía marina, de sus estancias de comerciante próspero en Quibdó y Buenaventura, arribando a una geografía, que a él, poco enterado de las geografías arbitrarias de los criollos andinos, le resulta tan familiar, tan caribeña.

La vieja casa es hoy un museo. Es decir, una invención. Allí están los muebles aristocráticos, el silencio y la ausencia de vida. Pero en medio de todos esos objetos que la guía va describiendo con tanto aplomo, a la vez que nos narra la historia de amor de Efraín y María, hay uno que no conoce. Le parece una linda curiosidad y nada más. Se trata de una bellísima escultura en madera. Hecha del Mahoganny jamaicano, a lo mejor por uno de sus talentosos artistas negros. Se trata nada menos que de una linda representación del Doctor Bird, el pajarito de extensa cola, símbolo de Jamaica. Tal vez George Isaacs, padre del novelista, la trajo consigo durante su largo viaje o quizás al asentarse en el Paraíso, tantas cosas le parecieron familiares, —las montañas, los valles, la luz del crepúsculo—, que la nostalgia fue mayor y entonces mandó a esculpir la imagen misma de Jamaica, encarnada en la pequeña ave, para tenerla allí con él. Nunca lo sabremos.

Lo que sí podemos afirmar con mucha certidumbre es que el hijo del viejo Isaacs, que no conoció la antigua Kingston, supo recobrar fragmentos del mundo perdido de sus ancestros en su espléndida novela.

Bibliografía

- Arauz, Celestino, *El contrabando holandés en el Caribe durante la primera mitad del siglo XVIII, Caracas, 1984, Virrey Mendinueta al Rey. AGI, Santa Fe, legajo 960*, Venezuela, Academia Nacional de la Historia, 1984.
- Carrasquilla, Tomás, *La Marquesa de Yolombó*, Colombia, Instituto Caro y Cuervo, 1974.
- Castillo Mathieu, Nicolás, *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1982.
- Fernández de Madrid, José, *Atala y Guaitimozin: tragedias en verso*, Colombia, Ed. Mivera, 3ª Edición, 1992.
- Figuroa, Alfredo, *Dominio y sociedad en el Caribe colombiano, 1821-1903*, Ciudad de Panamá, Impresora Panamá, 1978.
- Isaacs, Jorge, *María*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1988.
- Maya, Luz Adriana, *Brujería y reconstrucción entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada. Siglo VII*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2005.
- Múnera, Alfonso, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Editorial Planeta, 2005.
- Nieto, Juan José, *Ingermina o la hija de Calamar*, Colombia, Fondo Editorial Universidad Eafit, 3ª Edición, 2001.
- Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales: la novelas nacionales de América Latina*, Colombia, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Zuleta Ángel, Eduardo, *Tierra Virgen*, Colombia, Carlos Valencia Editores, 2ª Edición, 1978.

Fuentes

- Enriques, Hensley, investigación sobre la genealogía Isaacs.
- Decreto de la Reina de Inglaterra mediante el cual se suspende la circulación legal del doblón de oro en Jamaica, 1901*, Archivo nacional de Jamaica.

Alfonso Múnera

Alfonso Múnera Cadavid es doctor en Historia de América Latina y el Caribe de la Universidad de Connecticut y se desempeñó como Embajador de Colombia en Jamaica y Bahamas. Fue Decano de la Universidad de Cartagena, donde enseña historia. Es el actual director del Instituto Internacional de Estudios del Caribe. Es profesor invitado del Doctorado en Humanidades de la Universidad del Valle.

Recibido en: 15/09/05

Aprobado en: 30/09/05